

LECTURA

VOL. II.—Núm. 9.

REVISTA DECENAL Y TÉCNICA
ILUSTRADA

Madrid, 30 de Enero de 1924.



NEWTON

Nació en 1642 en Woolsthrope (Inglaterra). En 1660 ingresó en la Universidad de Cambridge. Aun no contaba veinte años de edad cuando hizo su mayor descubrimiento matemático: el del binomio de Newton y el del cálculo infinitesimal. Tuvo la primera idea de la gravitación universal a los veinticuatro años. En 1672 fué admitido en la Sociedad Real de Londres, de la cual fué nombrado presidente en 1703. Se le debe, entre otros descubrimientos, el de la descomposición de la luz, las principales leyes de óptica, el invento del telescopio. Explicó el movimiento de los planetas alrededor del Sol, el de la Luna alrededor de la tierra, el flujo y reflujo del mar, etc. Murió en 1729.

NUESTROS COLABORADORES TÉCNICOS

MI PROTESTA

Es sin duda algo atrevido y por de contado poco correcto, hablar mal de la gasolina utilizando para este fin, casi iconoclasta, las columnas de ELECTRA, cuyo director tendrá que perdonarnos, en gracia siquiera a nuestro buen deseo, este atentado contra la esencia de petróleo, piedra angular y estribo de la industria del automóvil, y por consiguiente, de toda la literatura más o menos de «stand» que con ella se relaciona.

Sí, automovilístico lector. Sentimos una profunda aversión hacia este moderno y maloliente hidrocarburo, que impulsa a locos golpes de pistón vuestros elegantes coches, dejando tras sí una sucia estela de humo, ruido y polvo, como el rastro infernal de un Lucifer de acero.

¿Cómo comparar la gasolina, de baja estirpe, con el vapor de agua evocador y dulce compañero de nuestra existencia? Desde su nacimiento en la clara linfa de un manantial, hasta su bulliciosa salida por el tubo de escape de una locomotora, por ejemplo, hay toda una vida de nobleza, de abnegado sacrificio y de arte, que merece los más subidos elogios y las más entusiásticas manifestaciones. Porque el vapor de agua es incomparablemente noble —sobrino, por parte de madre, de San Francisco de Asís— sin hipócritas veladuras ni disimulos. Es como un buen chico algo inocentón y con un tremendo poder muscular, que con la sonrisa en los labios ejecuta proezas sorprendentes. Es voluntarioso como niño mimado y es sobre todo partidario acérrimo de la libertad, de dilatarse perezoso en un vagar placentero por los salones infinitos del espacio azul.

Por ello, si lo encerráis, se enfada, ruge y forcejea por escapar, registrando incansable las paredes de su celda, hasta encontrar el punto débil que le proporcione

la ansiada libertad. Si le ofrecéis un orificio, por pequeño que sea, por allí se lanza sin temor al peligro y decidido a derribar los obstáculos que se opongan a sus incontenibles deseos de expansión. Si por fin lo lleváis engañado por un tubo cualquiera a la caja de distribución de un cilindro, juega un poco al «ratón y el gato» con la corredera, «echa un pulso» con el émbolo, y después de vencerlo en noble competencia, sale en graciosas volutas por el tubo de escape, no sin lanzar un ruidoso suspiro de satisfacción por haber encontrado, al fin de un gran esfuerzo, la bien merecida libertad. Por último es tan buenazo y olvidadizo, que a pesar de nuestro engaño, aún nos recrea la vista con unas nubecillas blancas como cándidos vellones, que desperezándose en formas de protesta fantasmagoría, se elevan al cielo cual grata ofrenda a la divinidad.

En cambio ¿qué diremos de la gasolina? En primer lugar tenemos que hacer constar con gran sentimiento, que es de origen poco menos que desconocido y que su complicada genealogía se pierde en las dantescas tenebrosidades de un pozo de petróleo. Hasta ahora y entre las muchas hipótesis formuladas acerca de su inmediato progenitor «el aceite de piedra», parece la más acreditada, que es el resultado de una destilación natural de inmensos depósitos de animales marinos, ricos en materias grasas, como la ballena, y que por cataclismos geológicos o más probablemente, por sedimentación diluviana, constituyen los actuales yacimientos petrolíferos.

No tenemos intención ahora de hablar de estas profundas cuestiones, sino de demostrar que la gasolina es de obscura progenie y que llega al depósito de un automóvil siguiendo un tortuoso camino de retortas, alambiques, tubos y bidones—siem-

pre bajo la inquisitiva mirada de un libro de caja— sin haber podido dar vida en su estéril caminata ni a la frágil arborescencia de un helecho. Sin embargo, todo esto se le podría perdonar si la tal señora —que tiene un capital en calorías— gozara de un carácter bondadoso y buenas costumbres; pero es el caso que es remilgada, hipócrita, de astucia peligrosa y sobre todo de una pereza inconcebible. Si usted, lector (atraído por su opulencia calorígena), pretende hacerle trabajar, se encontrará con que le opondrá un sinnúmero de obstáculos que sólo podrá vencer derrochando ingenio y gastando la paciencia de medio ciento de benedictinos. En primer lugar le dirá que ella no trabaja si no le acompaña el oxígeno, y a su vez este caballero —que no está muy bien de la cabeza por cierto— le advertirá que le tienen que acompañar sus compinches de jarana y mezcla el Nitrógeno, el Argón, el Neón y algunos otros chulos indigentes que además de servir de estorbo sólo van a comerse de gorra unas cuantas calorías. Además, le será preciso, a petición de los interesados, prepararles un gabinete o carburador para que la gasolina se presente vaporosamente ataviada a sus numerosas relaciones, y hasta es muy fácil que pida, si hace frío, una instalación de calefacción central para no constiparse.

Todavía después de esta entrevista hay que meter a todos, y de una manera violenta, en la cámara de explosión, y cerrar muy bien la puerta con una válvula para que no se vaya cada uno por su lado sin pagar el gasto. Cuando usted cree que todo está dispuesto para el trabajo, resulta la que melindrosa Gasolina se descuelga con nuevas peticiones y chinchorreñas, que le obligan a comprimirlos a todos de manera brutal y descomedida en justo castigo a tanta impertinencia. Por fin, viendo usted que no consigue nada

por las buenas ni por las medianas, se decide por los argumentos trágicos, y cogiendo una pistola eléctrica —que viene a ser como una buía— les hace una descarga a quemarropa, y entonces, ¡sólo entonces! si el tiro está bien dirigido, se consigue que trabaje la Gasolina; pero aún en este caso lo hace de mala gana, dándole al émbolo un porrazo terrible en la cabeza que le hace rodar desvanecido y achicharrando los refrescos de aceite que usted tenía preparados para la concurrencia.

No contenta con esto ensucia la habitación con pedazos de carbón y escorias, desconcha las paredes y procura destrozar las puertas. En cuanto a los invitados, han ocurrido sucesos terribles: el Oxígeno le ha quitado a la Gasolina casi todo el Hidrógeno y se han largado en forma de vapor de agua. Parte del Carbono que ha hecho causa común con el Oxígeno, desaparece con éste disfrazado de ácido carbónico y óxido de carbono (este es un punto de cuidado), y parte que no ha encontrado con quien jalearse, sale por el tubo de escape tan negro como su madre lo parió. En resumen: por el citado escape asoman los restos de una tragedia brutal que se traduce en un bronco estertor y en una molestísima estela de malos olores que arroja la gasolina en venganza de nuestra perseverancia en hacerla trabajar. Comparece ahora la noble conducta del vapor de agua con la aviesa intención de la esencia del petróleo, y díganenos si nuestra aversión no está justificada sin contar con que obstinadamente huye de prestarnos el más ligero servicio. No tenemos automóvil, y en verdad que lo sentimos por la gasolina, a la que honraríamos con el grato transporte de nuestros setenta kilos y quizá con nuestra amistad. Pero mientras tanto ¡que le frían un radiador!

RAFAEL ESPEJO SAAVEDRA.



(Continuación.)

Hemos visto que el célebre *cohesor* de Branly se compone de un tubo aislante de cristal con limaduras ligeramente apriadas entre dos topes metálicos, limaduras que se hacen conductoras al atravesarlas una oscilación de alta frecuencia, variando su resistencia de 2.000 a 5.000 ohmios próximamente. La conductibilidad era destruída por un ligero choque sobre el tubo de cristal, quedando entonces el *cohesor* en disposición de funcionar nuevamente.

Difícilmente podrá darse una explicación científica que demuestre de un modo palpable el por qué de este cambio en la conductibilidad de los contactos. Generalmente los contactos imperfectos de dos o más metales que tengan entre sí una gran diferencia atómica se convierten en perfectos al atravesarlos una onda eléctrica de alta frecuencia; Branly puso de manifiesto que el calor y la presión tienen una

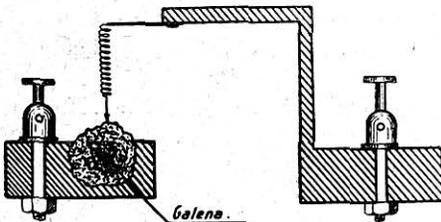


Fig. 1.

gran influencia en ellos, creyendo que era debido este cambio a la deformación eléctrica que sufrían las pequeñas capas de aire que aislan unas limaduras de otras.

El general Ferrié, que actualmente dirige la estación de T. S. H. de la Torre

Eiffel, afirma que las limaduras forman entre sí pequeños condensadores que se cargan y descargan, soldándose aparentemente, cuando son atravesadas por una onda, teniendo esta hipótesis grandes analogías con la de Branly.

Lodge supone que al ser atravesadas las limaduras por una oscilación, saltan pequeñas chispas entre ellas que queman y desprenden pequeñas partículas de metal que se aglomeran formando un puente conductor; hipótesis que parece deducida de la forma con que Hertz demostró la existencia de las oscilaciones eléctricas.

De todos modos no se ha formulado aún ninguna explicación que satisfaga sin lugar a dudas, y demuestre la causa del cambio de los contactos defectuosos en perfectos.

La cohesión puede ser debida tal vez a la presión que se ejerce entre las limaduras y la conductibilidad al paso de la onda que forma una especie de soldadura momentánea.

Basándose en todas las consideraciones anteriores se han construído multitud de detectores, tales como los magnéticos, térmicos, electrolíticos y de cristal, los cuales, a excepción de estos últimos, no tienen actualmente otro valor que la curiosidad histórica.

Detectores de cristal.

Estos detectores pueden dividirse en dos grandes grupos. Los unos toman como base, al parecer, el mismo fenómeno de las pilas termoelectricas. Los otros, que son los más en uso hoy día, están ba-

sados en el contacto imperfecto de dos o más metales que tengan una gran diferencia atómica; tal sucede con los detectores de *carborundum* y *galena* (sulfuro de plomo), aunque en realidad sólo se emplean actualmente estos últimos, por la gran sensibilidad de que están dotados

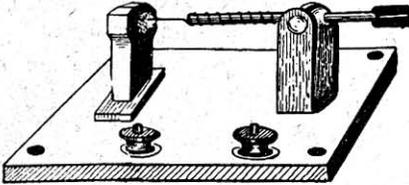


FIG. 2.ª

para rectificar corrientes alternas de escasa intensidad y por necesitar el *carborundum* una excitación local.

Generalmente se construyen colocando la galena aprisionada dentro de una cápsula de metal, como indica la figura número 1, de modo que forme un contacto lo más perfecto posible con la corriente captada por la antena. Sobre la galena debe descansar ligeramente y a presión una punta fina metálica, por donde escapará la corriente ya rectificada. Debido a su propiedad rectificadora, la galena sólo dejará paso a las alternancias de un solo sentido, y esta corriente resultante, compuesta de tantos impulsos unidireccionales como alternancias tenga la onda, es la corriente que se lanza a los teléfonos y a tierra.

Las condiciones generales de todo detector de cristal, para que su uso sea aceptado por el público, son: que la galena tenga muchos puntos sensibles y que su funcionamiento sea regular; es decir, que las descargas atmosféricas y los parásitos no estropeen los puntos sensibles del metal. Cristales que cumplan exactamente estas condiciones son difíciles de encontrar. En España, afortunadamente, se encuentra abundantemente el sulfuro de plomo cristalizado a flor de tierra, sobre todo en algunos pueblos de la provincia de Jaén.

La industria facilita estos pequeños ór-

ganos en tales condiciones de comodidad en el manejo, regularidad en el funcionamiento y economía en el coste, que no creemos reporte ninguna ventaja al aficionado su construcción, salvo en casos particulares.

La figura núm. 2 nos presenta un *detector* de uso muy frecuente entre los aficionados, pudiendo casi llamársele el modelo universal. Consta de una cápsula metálica de cobre, dentro de la cual va aprisionada la galena por uno o más tornillos metálicos también. Sobre la galena hace contacto a leve presión una punta metálica, casi siempre de latón, arrollada en espiral y sujeta a un mango metálico, que puede moverse libremente en todas direcciones, con el fin de buscar fácilmente los puntos sensibles de la galena.

La cápsula y este mango metálico comunican eléctricamente con la antena y con el teléfono.

La figura núm. 3 representa un *detector* de cristal con dos galenas unidas eléctricamente entre sí, pudiendo tomarse por tanteo, con la punta metálica, la galena que presente mejores condiciones de sensibilidad.

Existen también pequeños detectores de cristal que contienen seis, ocho o más galenas, con sus correspondientes contac-

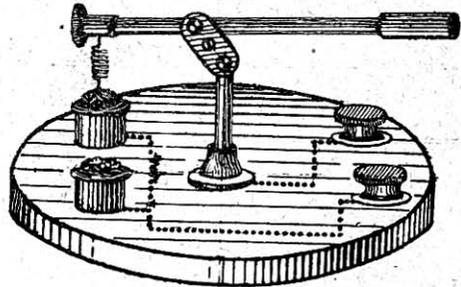


FIG. 3.ª

tos, unidos a un conmutador de *plots* u otra forma parecida, dándonos en cualquier momento una galena dispuesta a funcionar en perfectas condiciones. Estos detectores van montados dentro de un estuche, que los hace sólidos a cualquier choque exterior, siendo tal la seguridad

de su funcionamiento, que prácticamente pueden considerarse no se averían nunca.

La membrana del teléfono no puede seguir todos los impulsos que la onda le comunica, pero en estos casos, si la onda que nos emiten es continua, y modulada, el teléfono registra el valor medio de la corriente detectada, sufriendo la membrana variaciones en número perfectamente



FIG. 4.ª

Forma de representar esquemáticamente un condensador de cristal.

audible. Si la onda que nos emiten es perfectamente continua, como sucede muchas veces en telegrafía, por el procedimiento de cortarla completamente con el manipulador en la estación transmisora, entonces

la membrana del teléfono, al llegar la onda, sufrirá una deformación que se traduce por un ruido seco, y al pasar el tren de ondas recobrará otra vez su posición normal produciendo otro ruido. Esta recepción es equivalente al morse con contragolpe.

Si la transmisión se efectúa por ondas amortiguadas, el teléfono registrará todos los trenes de ondas en su valor medio.

Hay procedimientos que refuerzan la acción de la onda detectada sobre el teléfono, pero entran de lleno en los circuitos y sus variaciones.

Existe otro detector tan sensible como los de galena, y con la ventaja de tener siempre un funcionamiento regular. Estos son los de válvulas de vacío, cuyo estudio elemental dejamos para más adelante.

ENRIQUE MATA.

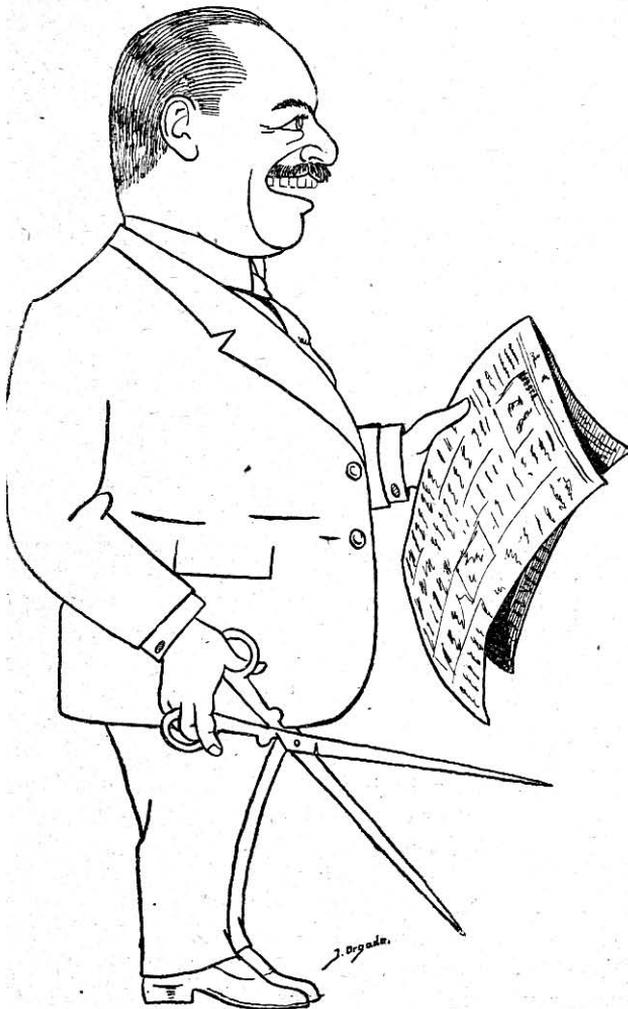
Este número ha sido revisado por la censura.



Constituye uno de nuestros propósitos conocer, con la mayor precisión que nos sea posible, aquellas instituciones crea-

das por el Directorio, y que acusan más firmemente su fisonomía política —entendiendo, claro está, la palabra política en su más pura y teórica acepción—. La elevación al Poder del Gobierno militar con sus novísimos procedimientos, con sus anuncios de renovación, acuciaba y acucia legítimamente el interés de todos los españoles. Y desde nuestro doble punto de vista telegráfico y periodístico, quizá fuere el más interesante de nuestros propósitos el de conocer el funcionamiento del Negociado de Información y Censura militar. Es la labor de este Centro, evidentemente, una de las más ingratas; tanto más, cuanto más difícil y oscura. Rígese desde allí toda la vida periodística española, es decir, toda la labor de información que el país espera diariamente con ansiedad de esperanzado en su propia regeneración.

Es una tarde de sábado cuando llegamos a la Presidencia. La ausencia del general Primo de Rivera no ha restado animación a aquellos salones, donde en otras épocas se albergaron familias de rancia nobleza o de estirpe real, y en los cuales entra hoy el pueblo con familiaridad in-



El teniente coronel D. Pedro Rico, jefe de la censura militar.

genua e infantil sencillez. En el salón de entrada hay más de un centenar de personas. Comisiones, representaciones, particulares, ayuntamientos, periodistas, toda una extensa gama social se reúne allí en solicitud de justicia, que es la sola palabra, el único anhelo que allí surge de aquella masa popular. Con democrática naturalidad se unen allí el chaquet o levita con la blusa; las prendas cortesanas y los rústicos hábitos de los labradores. Pregunta, mos a un uñer. Subimos escaleras-atrasamos pasillos, y, por fin, llegamos al despacho de información:

—¿El señor Dieste? —preguntamos.

Unas descomunales barbas nos anuncian la presencia de Dieste, el querido camarada y amigo. En efecto; detrás aparece la bonachona figura de Dieste, siempre sonriente, siempre cariñoso, con una expresión indefinida de ironía o de escepticismo. Previo permiso del jefe del Negociado, el teniente coronel de Estado Mayor Sr. Rico, penetramos en la oficina. Todo da allí sensación de seriedad, de actividad, de trabajo, de labor eficaz e ininterrumpida. Por todas las mesas vemos periódicos, revistas, libros, galeradas, fotograbados, que son activa aunque minuciosamente revisados. Antaño, aquel salón fué comedor de los infantes. Hoy, nada nos habla en él de su rancio abolengo pasado; bureaux, clasificadores, teléfonos, máquinas de escribir, han sustituido a los antiguos muebles de estilo.

El amigo Dieste nos va mostrando las diferentes secciones. Desde luego, nos llevamos una grata sorpresa. La censura, simbolizada para nosotros en aquella figura antipática y gruñona, la célebre vieja *Anastasia* de los tiempos de la guerra, nos había acostumbrado imaginativamente a considerar los censores como hombres adustos, seres temibles, verdaderos ogros incapaces de dibujar una sonrisa. Y aquí sucede todo lo contrario. Todos son personas atrayentes, afectuosas.

Por otra parte, observamos que aquí existe lo que en otras circunstancias análogas echábamos de menos: organización. Se



El tormento de cronistas y reporteros.

advierte aquí una cabeza directora que imprime a todos los trabajos su sello personal e inconfundible. Y nos place todavía más advertir que hay allí destinados seis compañeros, seis telegrafistas, que realizan una labor que honra al Cuerpo. Fueron sus méritos, sus personales condiciones de discreción y abnegación quienes allí los llevaron, toda vez que ninguna ventaja material obtienen en ese nuevo destino, y sí, en cambio, muchos disgustos y sinsabores.

—¿Qué criterio se sigue aquí, en este Negociado, con la Prensa?

—Amplísimo —contesta rápidamente Dieste—. El de conceder a todo el mundo una amplia libertad de expresión, siempre, claro está, que no se utilice esa libertad ni con destemplanzas ni con falseda-

des. Lo que no se tolera —porque no se debió tolerar jamás— es discutir de mala fe, inventando propósitos que no existieron; emplear insidias, desorientar a la opinión, razonar sobre equívocos... Esas son las instrucciones que tenemos, y que estimo justísimas.

Unas galeradas que reclaman revisión urgente interrumpen el diálogo. Pero en aquel punto y hora penetra en el salón el Teniente Coronel, Jefe del Negociado, señor Rico, y le abordamos. Lector: te diremos al oído, para que no nos lo tache la censura, que este Sr. Rico es hombre de extraordinaria simpatía personal. Cariñoso sin afectación, llano sin vulgaridad, enérgico sin destemplanzas, sonriente, mundano, correcto, invita desde el primer momento a la cordialidad y a la confianza.

—¿Qué les parece a ustedes?— nos pregunta.

—Admirable. Le felicitamos a usted.

—¡Hombre, por Dios!— rehuye, modesto. A mí, no. A estos muchachos, en todo caso. (Pongamos entre paréntesis que Dieste, especie de Tutankamen telegráfico, se pavoneó al oirse llamar muchacho.)

—Y a usted que lo organizó todo...

—No, no, no. Cuando se tienen buenos auxiliares, la labor organizadora es sumamente sencilla.

—¿Y las horas que se pasa usted aquí encerrado?

—Que nos pasamos, dirá usted mejor. Pero —interrumpe— hablemos de otra cosa...

Y puesto que él no lo quiere decir, te diremos nosotros que el Sr. Rico se pasa en aquella oficina desde media mañana hasta las tres, las cuatro o las cinco de la mañana siguiente y que, en todo ese tiempo, él escribe notas, dirige cartas a los periódicos, repasa galeradas como cualquiera de sus auxiliares, resuelve consultas, atiende centenares de veces al teléfono, recibe visitas, habla con los periodistas en forma y despacha con los Generales del Directorio dándoles cuenta de las noticias o comentarios de interés. Bien es

verdad que en esta improba labor de dirección del Negociado tiene un auxiliar eficacísimo: el Teniente Coronel Laiglesia, compañero suyo de arma y persona de rara cultura y gran inteligencia.

—Vemos que no le quedará a usted tiempo para echar un tresillo... —le decimos.

—Sí, sí...

Y reaccionando rápido, añade sonriente:

—¡No vale! Esa pregunta la traía usted embotellada de parte de Leandro Sechí,



Don Alfredo Dieste, conocido Oficial de Telégrafos, ensayando la instrucción con su lápiz de censor.

ese simpático telegrafista a quien de antiguo aprecio.

—Cierto —confesamos—. El hombre recuerda algunos codillos traidores...

—¡Porque en eso del tresillo no es un as! Dígaselo, dígaselo...

—Y, díganos, don Pedro... ¿está usted satisfecho de la labor de nuestros compañeros en este Negociado?

—Encantado. Pero así, encantado. Trabajadores, serviciales, disciplinados... Me complazco en reconocerlo. Claro que no ha constituido para mí ninguna sorpresa,

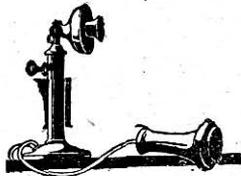
porque conozco desde hace muchos años muchos telegrafistas...

Nos envanecemos con el elogio al oirlo en boca de este hombre, nada fácil al halago ni a la adulación. Y todavía intentamos charlar más y hasta lo conseguimos por unos instantes en conversación general, pero... Ni D. Pedro Rico nos autorizaría para trasladar al papel sus manifestaciones, siempre interesantes, siempre jugosas, siempre útiles, porque tiene el propósito firmísimo —y a nuestro juicio equivocado— de que no se hable de él ni

de su labor, ni nos es posible, por otra parte, hilvanar una conversación. Con asombro vemos constantemente entrar y salir verdaderas montañas de papel impreso en demanda de autorización para publicarse, que la obtienen con rapidez increíble. Y solamente después de hablar y tratar de cerca con D. Pedro Rico podemos comprender que se haya alcanzado organización tan perfecta y acabada... aunque tanto moleste a los periodistas.

JOSÉ PASTOR WILLIAMS.

Caricaturas de J. Orgado.



Una aventura algo extraña

Desde que acabé de cenar estaba dándole vueltas a aquel problema de Analítica que se empeñaba en no salir. Varias veces reparé detenidamente las operaciones y siempre obtuve el mismo resultado; pero luego de hecha la construcción gráfica, comprobé que dos puntos que debían ser conjugados armónicos respecto de otros dos, dado por una ecuación de segundo grado, no lo eran.

Acaso alguna obcecación me impedía ver con claridad por entre la maraña de líneas que cruzaban el papel milimétrico en todas direcciones, destacándose apenas la huella de lápiz sobre el rojo cañamazo de la hoja de papel.

Noche de domingo, y libre de mi obligación de ir a la redacción de *El Liberal*, apagué la luz del portátil y salí a la calle para que el aire frío de la noche me despejara la cabeza. Al llegar a la Glorieta de Bilbao empecé a descender por la calle de Génova, hacia la Castellana, ya que todos los caminos me eran indiferentes.

Ya me había olvidado del recalcitrante problema y me sentía «alegre y confiado» cuando, de pronto, experimenté una angustia infinita, una opresión en el pecho que aumentaba por segundos, como si tuviera enroscado un ofidio en el corazón. Mi piel sentía alternativas sensaciones de calor y de frío y tuve la impresión nítida, vertical, de que me iba a ocurrir una desgracia, acaso la muerte fulminante e inevitable.

Hasta entonces no me había dado cuenta de que la calle estaba desierta y silenciosa; comprendí que me era absolutamente imposible seguir andando y que no podría aquel vacío.

Ignoro el tiempo que permanecí quieto, ausente de mí mismo; pero sí recuerdo que me sacó de mi abstracción —devolviéndome la tranquilidad— el ruido de un tranvía; mas apenas había llegado el co-

che a unos pasos de mí pude observar que mi sombra se multiplicaba de un modo enorme y, desplegándose como las varillas de un abanico alrededor de un punto —mis pies— me pareció de un simbolismo aterrador. Cada una de mis sombras era yo que me desdoblaba para convertirme en enemigo de mí mismo; pero estimé tan disparatada esta idea, tan falta no ya de una base científica, sino del más elemental sentido común, que cuando volví a oír el tintineo de otro tranvía —seguramente el último— me detuve a fin de observar de nuevo y con más detenimiento aquel fantástico abanico para darme el gusto de reirme después de mis infantiles preocupaciones como se ríe uno de la pesadilla que le atormentó el sueño de una noche.

Pasó el coche, rápido y vacío. Yo me había parado entre un foco de luz eléctrica y un mechero de gas, así es que mi cuerpo, que proyectaba una sombra doble antes de llegar el tranvía, se multiplicó, al pasar éste, de un modo tan enorme, que mi sombra bailó una danza fantástica y aterradora, y sentí de una manera clara, evidéntísima, un escalofrío que me heló la sangre, al mismo tiempo que surgía ante mí el espectro verde del miedo.

Quise gritar y no pude; quise correr para regresar a mi casa, y mis pies se negaron a obedecerme. Me pareció perder la sensibilidad, mi tacto se acorchó, zumbaron mis oídos sordamente y sólo recuerdo que vi un resplandor amarillo, de un intensísimo amarillo de oro ante mi vista.

Después... todo se desvaneció. Y al poder andar, al comprender que acababa de ser víctima de una alucinación ocasionada seguramente por tener desocupados los nervios que, no sabiendo en qué entretenerse, jugaron conmigo, al ver que estaba sano y que yo era yo, me eché a reír; pero de tal modo me asusté al oír el

eco de mi propia carcajada, una carcajada vacía, que tuve que hacer un esfuerzo para no caerme. El eco de aquella risa, que no era mía porque no reconocí mi voz, se repitió de tal modo, que me vi obligado a taparme los oídos porque, cruzándose y estrechándose en mil direcciones distintas, aquel eco formó un horrisono tableteo como el ruido simultáneo de cien truenos de fragorosa tempestad. Era un ruido seco, mate, como de muchas bocas desdentadas que se burlasen de mí chascando la lengua: unas bocas muy grandes, enormes, capaces de atronar del espacio.

El ruido cesó de pronto y sólo recuerdo el golpe de mi cráneo contra los adoquines de la calle.

Mi querido y admirado amigo Valiente: Me encuentro en una habitación pequeña, soleada, con las paredes muy blancas, y cuyo mueblaje le constituyen una cama, un lavabo, la silla en que estoy sentado y la mesa en que escribo estas cuartillas.

Todo es blanco, de una uniforme blancura agresiva. Diríase que esta habitación es una sinfonía estridente en blanco mayor.

Un hombre de untuosa amabilidad me sirve la comida a horas regulares. Le pregunto por qué me tienen encerrado aquí, y no me contesta. Si tuviera un arma asesinaría a este hombre tan amable.

Frontera a mi habitación hay otra que encierra a otro ser no tan desgraciado como yo porque le oigo hablar con su guardián, y como ayer pude ver que le entregaba una carta para el correo, le tiro estas cuartillas por la ventana para que, por su mediación, lleguen a manos de usted, de cuya buena amistad espero que las publique en ELECTRA, a cuyos lectores — y muy especialmente a mi querido amigo D. José Camino Nessi — suplico que intercedan para que me saquen de esta habitación — tan blanca exteriormente y tan negra para mi corazón — donde me tienen recluido contra mi voluntad, porque usted sabe, querido Valiente, que yo no he hecho nada malo.

FRANCISCO VERA.





BOLETIN EXTRAOFICIAL Y OFICIOSO

DEL

CUERPO DE TELEGRAFOS

Vol. II.

Madrid, 30 de Enero de 1924.

Núm. 9.

El personal subalterno está de enhorabuena

La *Gaceta* del día 27 publica una Real orden, que por falta de espacio no reproducimos, disponiendo que la amortización ordenada por el art. 2.º del Real decreto de 1 de Octubre del año próximo pasado no alcance al personal de vigilancia y al de repartidores del Cuerpo de Telégrafos.

Esta medida oficial nos parece acertada y plausible, aunque beneficie tan sólo a un sector del personal del Telégrafos y a un determinado aspecto del servicio. Es de esperar que el Directorio, cuando reconoce la imposibilidad de proseguir tales amortizaciones en el personal que vigila y repara las líneas telegráficas y telefónicas y en el que reparte el telegrama, acabará por reconocer también de hecho que el número de telegrafistas que reciben y transmiten tales despachos, para que los otros los distribuyan a domicilio, no puede reducirse a menores límites de los que hoy existen, al menos de que se sigan clausurando estaciones y se reduzcan y simplifiquen servicios, y en este supuesto caso, en efecto, sobraría personal de oficinas y de transmisión, pero sobraría también en proporción igual celadores, ordenanzas y reparadores.

Nos felicitáramos de que la disposición complementaria a ésta de hoy saliera pronto en la *Gaceta*.

La recaudación por telegramas

Ilmo. Sr.: S. M. el Rey (q. D. g.), de conformidad con lo propuesto por V. I., ha tenido a bien disponer que a partir de 1.º de Febrero de 1924 y por vía de ensayo, en las estaciones de Telégrafos cuya recaudación dia-

ria por servicio internacional expedido exceda de 100 pesetas, se reintegre su importe total en las carpetas-registros, en vez de verificarlo en cada telegrama, de modo análogo al establecido para el servicio de carpetas especiales.

De Real orden lo comunico a V. I. para su conocimiento y demás fines. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid, 17 de Enero de 1924.—El Subsecretario encargado del despacho, *Martinez Anido*.—Señor Director general de Correos y Telégrafos.

* * *

La Real disposición que antecede simplifica de un modo considerable el servicio de Contabilidad. Venía sucediendo de un modo general y permanente que a los telegramas expedidos en la estación de depósito, no se les adhería en el acto de la entrega los sellos de la tasa, sino que esta operación se efectuaba por muy diversas razones días después. En las grandes capitales donde hay un gran depósito de despachos, el oficial encargado de tasarlos a la vista del público no podía unir los sellos al telegrama original para no hacer larga la espera del expedidor, y el día franco, generalmente, acudía a la oficina a pegarlos sin que se le abonara esta jornada extraordinaria ni nadie se lo agradeciera. En otras estaciones de menos servicio era a veces la escasez de sellos lo que impedía cumplir este requisito. Por unas u otras razones suponía un entorpecimiento la exigencia de adherir a los telegramas los sellos de la tasa.

En diferentes ocasiones se propuso a la Dirección general el suprimir esta inútil operación; la prensa profesional hizo profusa campaña para que el importe de la tasa se fijara en las carpetas. Siempre se encontró

Sin aumentar el número de etapas de selección se puede elevar a 20.000 la capacidad máxima de cada subcentral, pero, teniendo presente que no se espera que tal desarrollo de la red pueda alcanzarse en muchos años y que sería un inconveniente dotar a cada abonado de un número de seis cifras para hacer frente a tan remota posibilidad, se reduce de momento a 10.000 la capacidad de cada central y se adoptan números de cinco cifras en la forma siguiente:

Uccle.....	40.000 a 49.999
Schaerbeek.....	50.000 a 59.999
Jette.....	60.000 a 69.999

Para la segunda etapa de la construcción, consistente en la conversión en automáticas de la central de Linthout y las de Pailie y Sablon que entre las dos formarán una sola llamada Bruselas, se ha previsto:

Bruselas.....	}	10.000 a 19.999
		20.000 a 29.999
Linthout.....		30.000 a 39.999

quedando todavía para ampliaciones futuras que elevarían la red a 90.000 abonados, los números entre 70.000 y 99.999.

Para llamar a la interurbana y servicio regional se adoptan la cifras 01; para informes y reclamaciones, 03; para Telégrafos, 05.

La explotación se ha organizado de manera que, a la terminación de la primera etapa de la construcción, cada central comunica directamente con todas las demás por medio de número suficiente de líneas de enlace calculadas según el tráfico que

se ha previsto. Para resolver los diversos problemas que se presentan al tratar de conectar entre sí abonados pertenecientes a centrales automáticas con los de las manuales y viceversa, y todos con la interurbana y el servicio regional, se emplean en las centrales manuales posiciones semi-B e indicadores de llamada para servir, respectivamente, las comunicaciones salientes y las entrantes. Un nivel de los selectores secundarios se destina exclusivamente para llamar automáticamente al cuadro de registro interurbano y las comunicaciones interurbanas se sirven mediante pequeños múltiples de dos posiciones instalados en las centrales automáticas.

En el proyecto que actualmente se realiza, se han resuelto, pues, así para el período de construcción como para el de explotación definitiva, todos los problemas que pueden presentarse: instalación de estaciones automáticas satélites, subcentrales rurales, líneas comunes a varios abonados, equipo de las líneas y niveles de selección no empleados todavía y a los cuales pueden llegar llamadas equivocadas por el abonado, relaciones de transición entre las oficinas manuales y las automáticas, conexiones con la interurbana, métodos de entretenimiento por revisión periódica y sistemática de todos los órganos de la oficina, organización racional de los servicios de estadística, averías y variaciones del tráfico y tantos otros que constituyen la indispensable secuela de los sistemas de telefonía automática.

F. VILLAVERDE,
Ingeniero de Telecomunicación.





DETECTORES

Cuando Hertz puso de manifiesto la producción de oscilaciones de alta frecuencia necesitó de un aparato que fuese capaz de demostrar la existencia de tales oscilaciones, ya que de otro modo su experimento hubiera resultado incompleto. Valióse este célebre físico alemán, para recibir tales oscilaciones, de un hilo conductor en forma circular, interrumpido en uno de sus puntos de forma tal que sus extremos, en este corte, estuviesen separados por una distancia sumamente pequeña. Al producirse la chispa de transmisión se inducía una corriente ondulatoria en el hilo conductor de recepción, y esta corriente se manifestaba por las pequeñas chispas que saltaban entre las puntas del circuito.

Más tarde, el célebre físico francés Eduardo Branly, basándose en el mismo principio, construyó el *cohesor* de su nombre, dando un paso enorme en la resolución del problema de la recepción. Este ilustre sabio observó la facilidad con que las oscilaciones de alta frecuencia se propagaban a través de los cuerpos metálicos que estaban en contacto, aunque presentasen una gran resistencia ohmica dichos contactos. Para demostrar tal verdad dispuso su célebre *cohesor* de la siguiente forma: dentro de un tubo de cristal (figura 1) colocó una pequeña cantidad de limaduras de hierro, suavemente aprisionadas por dos toques metálicos *a* y *b*, que se unican eléctricamente, por un lado, con la antena y, por otro, con tierra, formando además un circuito cerrado, a través del galvanoscopio, con la pila eléctrica. La

corriente de esta pila debiera circular atravesando las limaduras metálicas, pero el reposo de la aguja indicadora del gal-

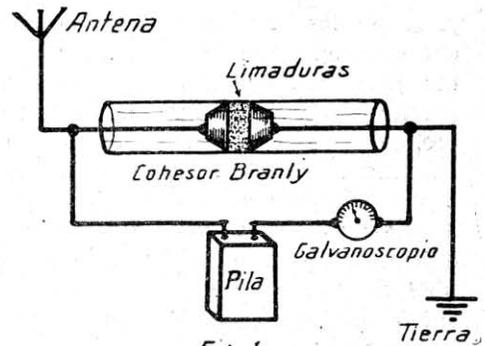


Fig. 1.

vanoscopio nos demuestra que ninguna o una muy débil corriente circula.

Sin embargo, cuando una oscilación de alta frecuencia choca con la antena, rápidamente atraviesa las limaduras, convirtiendo los contactos deficientes en perfectos y llegando a tierra. La demostración palpable de que los contactos de las limaduras entre sí se han convertido en buenos conductores, perdiendo casi toda su resistencia, nos la ofrece el galvanoscopio, cuya aguja queda desviada permanentemente, pues la corriente de la pila eléctrica circula ya.

Para recibir una segunda onda es necesario dar un ligero golpe sobre el tubo de limaduras, con el fin de destruir el contacto permanente que se había formado entre las limaduras metálicas. Automáticamente puede conseguirse la interrupción de contactos si disponemos el expe-

rimento como nos lo indica la figura número 2, en el que la corriente de las pilas, al hacerse buen conductor el espacio ocu-

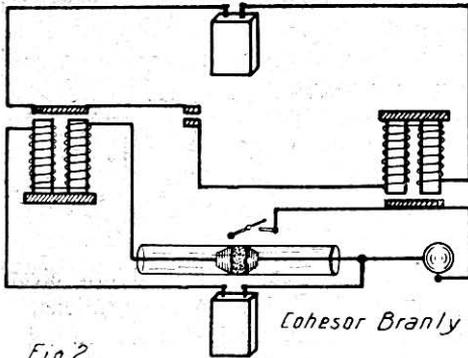


Fig 2.

pado por las limaduras, hacen actuar a dos electroimanes; uno de ellos atrae a una armadura que lleva adheridas una porrilla que golpea a una campana de timbre, como para indicarnos que una onda ha atravesado el cohesor, al mismo tiempo que hace golpear a otra porrilla al tubo de limaduras, destruyendo el contacto y dejando al aparato en disposición de recibir las ondas sucesivas.

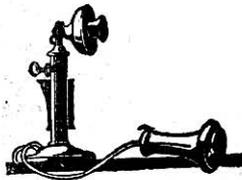
Por este medio, y valiéndonos de un al-

fabeto convencional, podríamos recibir, sin hilos conductores, las señales que se nos emitiesen.

Teniendo la onda un carácter alternativo, esto es, que cambia de sentido de un modo rapidísimo, si nosotros la hiciéramos pasar, tal como llega al aparato receptor, a través de un *teléfono*, la membrana de éste no podría, debido a la inercia, cuando menos, ser atraída y repelida tantas veces como variaciones trae la onda y, por lo tanto, ningún ruido perceptible notaríamos en el teléfono. Ahora bien; se ha observado que cuando la onda ha atravesado ya el espacio de limaduras, sale de él casi rectificadas, cabiendo la posibilidad de que atraiga o rechace a la membrana de un teléfono hasta hacerla vibrar el número de veces necesario para que produzca una nota musical. Esta propiedad de rectificar las corrientes alternas de poca intensidad ha sido observada en mayor grado en otros metales.

ENRIQUE MATA.

(Se continuará.)



¡FUERA RÓTULO!

Han transcurrido algo más de tres meses, durante los cuales España ha sido sometida a un severo régimen directorial y dictatorial. Se han amputado organismos inútiles, se han apretado tornillos mal encajados y los engranajes de la simbólica máquina burocrática han sido abundantemente lubricados en demanda de un mayor rendimiento. En una palabra, el Directorio, cual un Hércules moderno, ha convertido la *Gaceta* en el mitológico río Alfeo y con él ha limpiado, incansable, los establos del Rey Augías.

El resultado, no hay duda, que ha sido sorprendente. Donde había un llano ha surgido una montaña; en el lugar de una eminencia, se descubre una sima pestilente; lo que antes era negro, se nos antoja ahora cándida azucena, y con el poeta podemos exclamar, aunque en sentido distinto:

«Estos Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
» campos de soledad, mustio collado,
» fueron un tiempo ¡Itálica famosa!

es decir, «fueron un tiempo» la España picaresca de patio de Monipodio, del cacique logrero, de la trampa adelante, de la puerta falsa y del pistolero libre; esa España del balduque sin fin y del expediente interminable que empezaba en un secretario municipal, cazurro y enredador, para terminar en un «pollo bien» elevado a la gobernación del Estado por obra y gracia de su árbol genealógico —verdadera planta trepadora y parásita— cuando no por su bien surtido talonario de cheques; de esa absurda España, en fin, de la *Marcha de Cádiz* y de la *Banderita* —los trágicos pasacalles de la derrota— a cuyos alegres sonos hemos enterrado un magnífico imperio colonial y casi el honor de una raza. Por cierto —como decía Don Quijote— a música de rebuznos no podía correspondernos más que el contrapunto de varapalos y catástrofes.

Bien está lo que está bien, y ante el

hecho consumado de esta salvadora revolución incruenta, no cabe más que adoptar la postura que a cada cual inspire su patriotismo sin caer en la puerilidad de señalar escandalizados tal o cual precepto constitucional maltratado por la férrea mano del Dictador. Tal sería de inocente censurar a una muchacha que se va con su amante, no por este hecho poco correcto e impropio de personas honorables, sino por haber derribado y roto en su huida —pongamos por estropicio— un precioso cacharro japonés.

Pues bien, es el caso que estamos un poco asombrados y como chicos con zapatos nuevos ante este nuevo orden de cosas que poco a poco va desalojando de sus últimos reductos a nuestros viejos políticos, a aquellos bien humorados gobernantes, que en verdad os digo, que lo hacían muy mal, pero que en cambio nos recompensaban generosamente procurándonos risa para todo el año, como los buenos almanaques. ¡Qué ministros tan aristofanescos! ¡Qué señores tan divertidos los subsecretarios, gobernadores civiles y directores generales! Y no digamos nada de los alcaldes, porque éstos pequeños mandarines de garrotazo y tente tieso, no sólo daban temas para el regocijo de un año, sino para una eternidad completa con días festivos y todo.

Entre el genial ex ministro que descubre unas minas de carbón de cok y el alcalde previsor que desinfecta a sus concejinos con ácido sulfúrico, caben muy holgadamente y a todo su sabor el diputado que se equivoca de distrito, el director general que confunde —histórico— la Escuela de Música y Declamación con la Escuela de Artes e Industrias, y hasta si se quiere puede incluirse el arrojado diestro y gobernador civil *El Chico de Crip-tana* en clase de fenómeno taurino. No decimos nada del gobernador de las auras boreales por no alargar la cuenta.

Es lástima —y este lamento lo lanzo por cuenta y riesgo de los humoristas «fernandorianos»— que corra el riesgo de terminarse por completo este ambiente jocundo y divertido de los pasados días, entre otras razones, porque ello acarrearía la total ruina de muchos escritores, que sin esta cantera viva y perenne de temas a «beneficiar» literariamente, tendrán que dedicarse a la confección de cepos de alambre y jaulas para grillos. Quizá algunos en el colmo de la desesperación —de la que Dios les salve— caigan más bajo que Silvestre Paradox, y se dediquen a escribir cosas para el teatro, inconscientes del «mal que nos hacen». El bien se engendra por el dolor, y por lo tanto, tenemos que resignarnos ante estas pequeñas tragedias literarias, a que dará lugar el Directorio.

Desgraciadamente para nosotros, alegres y confiados cultivadores del humorismo, la actualidad seria y llena de preocupaciones no deja mucho espacio para la risa, que requiere un ambiente más propicio que este de baldeo a todo trapo y desinfección a todo trance, desinfección y baldeo —que dicho sea de pasada— quisiéramos ver llevado hasta los últimos recovecos del viejo retablo de Maese Pedro, suprimiendo «en plan» de iconoclastas los nombres de todas las calles, callejones, plazas y plazuelas que tiene España, y que nos recuerdan a los directores, participes y jaleadores de la pasada «merienda de negros», poniendo freno de una vez para siempre a esta monomanía de rotular calles y empingorotar estatuas sin el oportuno juicio contradictorio de la

opinión que —debidamente representada por un organismo adecuado— es la única que debe sancionar con desapasionado dictamen estas especies de beatificaciones civiles.

Sin duda —lo mismo que en las cárceles— «no están todos los que son, ni son todos los que están», por lo que sería muy conveniente hacer una selección de nombres hasta no dejar más que los verdaderamente merecedores de este galardón público, sin olvidarse de que esta selección que preconizamos, debe afectar no sólo a los políticos del antiguo régimen —entre los que hay nombres respetabilísimos—, sino al sinnúmero de literatos, músicos y danzantes que, a «río revuelto», han pescado un rótulo de hierro esmaltado o un busto de bronce, sin más derecho a ello que Mahoma a ser alcalde de barrio. Si hay una política desaprensiva que debe desaparecer para siempre, hay también muchas manifestaciones de la vida española que piden a veces una revolución implacable. Tan malo es y falto de sentido moral amañar una elección en favor de un yerno indocumentado, como llamar genio —y pagar sus genialidades— a un vulgar cantero de Carrara.

Como ves, querido lector, terminamos poniéndonos seriecitos y hasta un poco melancólicos, y es que los tiempos no dan otra cosa de sí. Estamos en una Cuaresma extraordinaria, toda atrición y arrepentimiento, de donde saldrá, *Deo volente*, la Pascua florida de una España mejor organizada.

RAFAEL ESPEJO-SAAVEDRA.

Este número ha sido revisado por la censura.

DE TELÉFONOS

LA URBANA DE VALENCIA

Preámbulo

Hace tiempo que debíamos haber empezado el conveniente estudio de las concesiones, prórrogas y situación legal de la Urbana de Valencia de una manera somera, con arreglo a los datos que hemos podido adquirir; pero han sido de tal índole y gravedad los incidentes que relacionados con esta urbana se han producido últimamente, que hemos creído oportuno un compás de espera para demostrar de esta manera que estos renglones no se escriben con tendencia personal alguna y sólo con la idea de contribuir en la medida de nuestras fuerzas al conocimiento de estos asuntos en beneficio del público, a quien tenemos el deber de servir.

La Urbana de Valencia fué establecida por el Cuerpo de Telégrafos lo mismo que las de Madrid y Barcelona, pero debido a la escasez de elementos para emplear en una empresa de tal naturaleza, como era el teléfono, cuyo desarrollo ha sido de los más rápidos, creyó el Estado conveniente, siguiendo el ejemplo dado por otras naciones, entregar la explotación de este nuevo medio de comunicación a la iniciativa privada, arrendando las Urbanas, que estaban establecidas ya y concediendo autorización para establecerlas donde no las hubiera. Todas estas concesiones se hicieron con arreglo al pliego de condiciones generales para la construcción y explotación de redes urbanas de 13 de Junio de 1886, cuyo Real decreto fué publicado en la *Gaceta* del 15 de Junio del mismo año. Cada concesión tenía sus condiciones particulares, pero en general, se sujetaban a lo establecido en el citado Real decreto, como ocurre con la Urbana de Valencia.

Antes de pasar adelante, he de hacer constar que no tengo la pretensión de ser infalible en todos los datos y juicios que exponga, y por tanto, si alguien puede rectificarlos fundadamente, le será deudor de un beneficio, por cuanto habrá contribuido a hacer este estudio más completo, perfecto y exacto.

Entremos en materia

La Urbana de Valencia, con arreglo a lo dicho anteriormente, fué cedida a la explota-

ción privada y con arreglo a la base 2.^a del repetido Real decreto; la duración de la concesión era de veinte años; es decir, que debía haber caducado el año 1906. Estamos en el año 1923 y no sólo no ha caducado dicha concesión, sino que aún le faltan unos cuantos años, puesto que termina en 1 de Octubre de 1929, consecuencia de las diferentes prórrogas concedidas como compensación de daños y perjuicios sufridos por el concesionario.

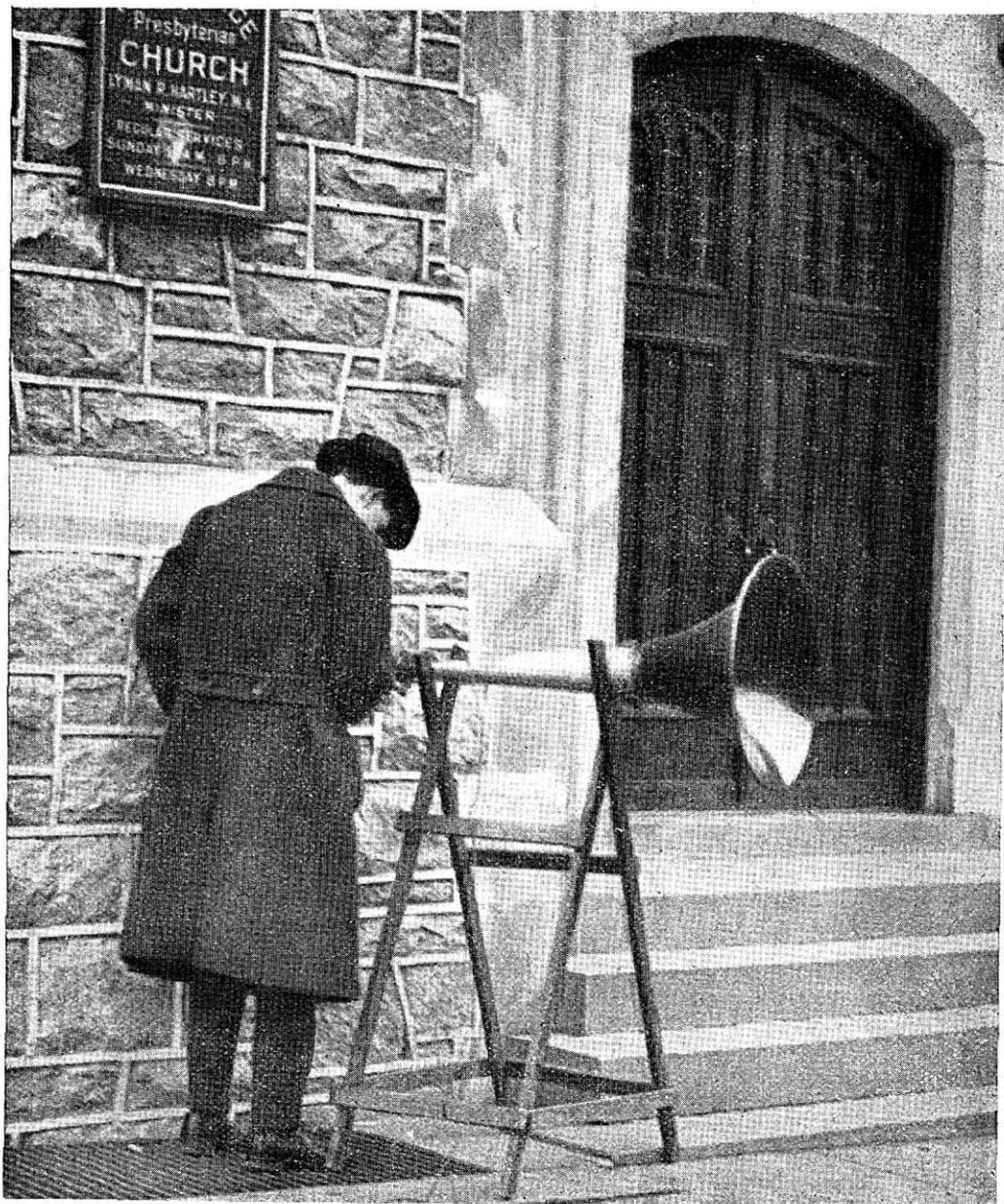
La legislación telefónica ha sido muy copiosa debido a la índole de su naturaleza — eminentemente progresiva — y a los cuantiosos intereses puestos en juego. Los concesionarios han aprovechado todo lo que dicha legislación podía favorecerles, lo que es muy natural, dando lugar con ello a que la generalidad, hoy día, están acogidos al reglamento vigente y, por tanto, a la legislación general, estando obligados, además, a respetar las condiciones de la concesión.

Estudio técnico de la Central : y de las Subcentrales :

La central de la red urbana de Valencia está establecida en la calle del Embajador Vich, núm. 9, en el último piso; en el entre-suelo están las oficinas y en los sótanos los almacenes; dicha casa es antigua y el último piso, en donde está instalada la central, es bajo de techo, por lo que la ventilación ha de ser forzada para que pueda reunir muy medianas condiciones higiénicas, teniendo en cuenta el numeroso personal que hay normalmente en el salón de conmutaciones. En dicha central entran aproximadamente unos 2.000 circuitos que sirven para abonados y línea de enlace con las subcentrales. Para servir los 2.000 circuitos que entran en la misma y los 3.800, próximamente, que tiene la red de Valencia, no se dispone más que de cuadros de 105 y de 50 y hasta de 25 números, enlazados entre sí por líneas de unión, y para estas líneas de unión se han construido en la misma central cuadros auxiliares adosados a los de 105 números; aprovechando para construirlos todo el material viejo que pudo salvarse del incendio. Quien conozca lo más elemental de cen-

trales telefónicas comprenderá en seguida la causa y origen del mal servicio que presta

la central, y si a esto le añadimos la escasez y mal estado de las líneas de unión con las



LA RADIOTELEFONÍA HA INVADIDO TAMBIÉN LOS SAGRADOS RECINTOS DE LAS IGLESIAS. EN NORTEAMÉRICA SE ACOSTUMBRA INSTALAR UN RECEPTOR EN LA PUERTA DE LOS EDIFICIOS RELIGIOSOS PARA QUE LOS TRANSEUNTES QUE NO TENGAN MUCHA PRISA ESCUCHEN EL SERMÓN QUE EN EL INTERIOR SE PRONUNCIA.

subcentrales, quedará completamente explicado el enigma, y comprendido lo inútil y costoso del sistema.

Todas las autoridades técnicas en estos asuntos convienen en admitir como aceptable el sistema establecido en Valencia para una red de, a lo más, 500 abonados, y en la red de Valencia son cerca de 4.000. El mal, por tanto, es ya muy antiguo, y los 500 abonados hace ya muchísimos años que se alcanzaron. Entiendo que fué un error grandísimo el no haber implantado otro sistema capaz de atender a un número mayor de abonados hace ya muchísimos años, pues con ello se hubiera conseguido un ingreso inmensamente mayor y el gasto no hubiera sido desproporcionado; antes al contrario, se hubiera amortizado rápidamente y la explotación no hubiera sido tan costosa como lo es actualmente. Además, con ello hubieran, al mismo tiempo que defendido noblemente sus intereses, proporcionado un servicio telefónico más en armonía con las necesidades de Valencia, pues, indudablemente, hoy día el número de abonados sería tres o cuatro veces mayor de lo que lo es. El haber desarrollado de una manera tan pobre y mezquina este negocio ha originado gran disminución en sus ingresos y a Valencia un daño inmenso, que no es posible evaluar por su gran importancia, daño cuya reparación está aún lejana, pues, como hemos visto antes, quedan más de seis años de concesión, y durante este tiempo no es admisible se hagan grandes y costosas reformas, cuando no se hicieron antes, que quedaba más tiempo para efectuarlas.

Incumplimiento de la ley

La reforma radical que necesita la red de Valencia no está a merced de lo que quiera hacer el arrendatario, por cuanto la condición 6.^a del pliego de condiciones generales a que han de sujetarse los concesionarios para el establecimiento y explotación de redes urbanas, de 13 de Junio de 1886, dice lo siguiente: «La estación central telefónica tendrá los cuadros indicadores necesarios para que a cada abonado corresponda su número, en el que aparezca su llamada a primera vista. Estarán provistos de los conmutadores, conexiones y todos los accesorios que sean necesarios para establecer rápidamente la comunicación de cada abonado con todos los demás de la red. Estos cuadros serán de un sistema que por lo menos reúna las buenas condiciones de los americanos y de Sieuv, que actualmente se hallan en uso en la central telefónica», y, efectivamente, hoy, después de treinta y siete

años, los cuadros que tiene la urbana de Valencia, virtualmente, son como los que menciona dicha condición, como si durante todos esos años no se hubiera dado un paso en una rama de la electricidad como es la telefonía. Legalmente se podría decir que están dentro de las condiciones de la subasta, pero previsoriamente nuestros técnicos de aquella época establecieron la base 6.^a del Real decreto de la misma fecha citada anteriormente, que dice: «Las redes telefónicas se instalarán con los aparatos más perfectos que se conozcan al emprender las obras. Si entre los descubrimientos que puedan hacerse en lo sucesivo hubiese alguno que a juicio del Gobierno fuese beneficioso para el servicio telefónico, se requerirá al concesionario para ponerlo en práctica en el plazo de seis meses, y si no lo efectuase, quedará facultado el Gobierno para establecer un nuevo servicio utilizando los medios que pueda proporcionar dicho descubrimiento».

Por consiguiente, es obligatorio, según acabamos de ver, tener una red y una central en las condiciones que las necesidades de Valencia exigen imperiosamente, y caso contrario, se invitará por el Gobierno a que se haga, empleando aquellos montajes y aparatos que en la época de su construcción eran desconocidos: Multiplex a batería central, excluyendo los de batería local, semiautomáticos, automáticos, electromecánicos o electromagnéticos, etc., lo que el Gobierno creyera más conveniente para las necesidades de la tercera capital de España, dando para ello un plazo de seis meses, y si no se efectuara, quedaría libre el Estado para establecer una nueva red en las condiciones de referencia, y, por tanto, anulada materialmente la antigua concesión, por cuanto todos los abonados vendrían a nutrir las listas de abono de la nueva central, y sin amenazas ni conminaciones de caducidad, quedaría verdaderamente caducada, y si, a pesar de todo, el arrendatario insistía en continuar la explotación de la antigua red, peor para él, por cuanto en el pecado llevaba la penitencia.

Vemos, pues, que el problema de la red de Valencia —será problema todo el tiempo que el Gobierno quiera y el que Valencia tolere— está en la mano del público el que acabe la arcaica explotación que se está haciendo, en el momento que de veras se quiera; todo lo contrario no son más que procedimientos los más variados, raros e irregulares que imaginarse puedan, para seguir explotando un filón que se procura no agotar por todos los medios.

Hasta ahora hemos hablado solamente de la central de Valencia; pero las subcentrales de Grao, Benetúser, Bétera, Burjasot, Joyos y Torrente, están en parecidas condiciones. El todo forma ese enmarañado conjunto cuyas bondades los valencianos sufren, protestando sin interrupción.

Las líneas no están en mejores condiciones que las estaciones

Estas son las condiciones en que está la central y las subcentrales. Pero esto no es nada absolutamente si se compara con el estado de las líneas. Hoy día, las cuestiones relacionadas con la electricidad hay muchas personas que, más o menos perfectamente, las conocen, y en cuanto a las líneas, son muchas las que saben apreciar técnicamente, a simple vista, si una línea está en buenas condiciones de aislamiento, de estabilidad y de conductibilidad. Ya no son aquellos tiempos en que lo referente a la electricidad se consideraba como cosa misteriosa y sólo al alcance de los iniciados. Así es que las líneas de la urbana de Valencia se puede decir que están a la ver-güenza pública, a la vista de todo el mundo, de todo ese mundo que sabe lo que son esas cosas, y es claro, los comentarios son sangrientos. Ahora bien; la condición 3.^a del pliego general, ya mencionado, dice: «En toda red donde el número de abonados exceda de 200, se empleará precisamente el sistema mixto de cables e hilos al descubierto, estableciendo los primeros, a partir desde la central, en una extensión tal, que ninguna línea tenga más de 500 metros de hilo al descubierto dentro de la zona urbana. En las redes cuyo número de abonados no llegue a 200, podrá el concesionario establecer líneas aéreas o por cable, según le conviniere.» En la condición 4.^a dice: «Las líneas telefónicas serán precisamente de circuito doble, con exclusión de tierra; sus conductores no ofrece-

rán mayor resistencia de 42 unidades ohm por kilómetro, a la temperatura de 20° centígrados; estarán perfectamente aisladas y se adoptarán en ellas todas las precauciones necesarias para evitar la inducción de corrientes, etc.», y en la condición 5.^a dice: «Los apoyos que sostengan los conductores aéreos tendrán las dimensiones, forma y resistencia necesaria para los hilos que deban sostener y el esfuerzo que deban sufrir.» Así, pues, las condiciones que han de reunir las líneas están bien determinadas; pero, precisamente, viendo esas líneas, parece como si intencio-

namamente se hubieran propuesto realizar todo lo contrario de lo que está legalmente mandado.

Hágase cumplir, de grado o por fuerza, los compromisos : : aceptados : :

De una manera indirecta hemos visto cómo se podía legalmente establecer una nueva red en Valencia; pero si examinamos detenidamente la cuestión, veremos que eso es una manera de soslayarla, en perjuicio de los intereses del Estado, por cuanto, en este asunto, no existe más que un contrato entre dos partes. Una de ellas, en cuanto se cree perjudicada en lo más mínimo, entabla reclama-

ción y consigue compensaciones en forma de prórrogas, no consintiendo, en lo más mínimo, la merma de ninguno de sus derechos; pero que no se le hable para nada de sus deberes, pues como fácilmente puede comprobar todo el mundo, pues está a la vista de todos, esos deberes quedan sistemáticamente incumplidos años y años, dando lugar a la situación actual en que se encuentra la red. Por tanto, yo entiendo que el Estado debe obligar al concesionario al cumplimiento de esos deberes, no bastando con llegar a la incautación, no. El que cobra los recibos de los abonados, se ha comprometido a tener una red útil, en debidas condiciones, y lo natural y lógico es que si no la tiene, que se le obli-



Un agente de negocios recibiendo desde el despacho mismo de su casa las últimas cotizaciones de los mercados y las noticias más interesantes de información mundial.

gued a tenerla, y si no la quiere tener, que se construya *a sus costas*. No basta con la incautación de unas líneas viejas e inútiles y de una central que no aprovecha para nada más que para explotar a sus abonados; lo lógico es construir una red a cargo del que debía haberlo hecho, pues de lo contrario, tenemos que, una de las partes, está sólo a exigir el cumplimiento de todo lo que suponga derechos en beneficio suyo e incumplimiento de todo lo que suponga obligaciones y deberes, y de otra parte, el Estado está obligado al cumplimiento de todos sus deberes, o que se suponen tales, y al abandono y dejación de todos sus derechos, de los derechos del público, dando lugar a la situación en que actualmente se encuentra la red valenciana. Es de razón que el que exige derechos cumpla deberes. Si deber es tener red en condiciones, que la tenga; y si no la ha tenido hace ya muchos años, ni la tiene, ni la quiere tener, porque así le conviene; entonces que se haga por el Estado, a expensas suyas, y como la fianza es una cantidad irrisoria al lado de la cuantía de la red, procede adoptar aquellas medidas que se consideren necesarias para que sus bienes respondan de los gastos que origine la reconstrucción.

No tiremos piedras a nuestro tejado

Hoy no son ya del campo de los arrendatarios de donde salen quejas respecto a las condiciones y medios económicos con que cuentan para desenvolver sus *negocios*; es de nuestro propio campo de donde salen esos, para mí, falsos razonamientos. No discuto si pueden o no pueden, hoy día, realizar sus obligaciones con los medios que les autorizan las leyes. Es ese asunto complicado y de meditado estudio; dejemos eso para otra ocasión. Pero es indudable que han tenido muchos años en que las ganancias eran verdaderamente extraordinarias por ser los abonados más caros, los jornales de los hombres se pagaban a dos pesetas y los de las señoritas a peseta; era la época de las vacas gordas, y pregunto yo si en dicho tiempo fueron al Estado a decirle que, en vista de lo magnifica-

mente que marchaba el negocio, le regalaban unos cuantos miles de pesetas para, cuando no produjera tanto, reclamar su ayuda. Antes al contrario, entonces (y ahora también) lo que se procuraba era buscar toda clase de triquiñuelas y pretextos para conseguir la prórroga de sus concesiones.

Veo que se han invertido los papeles, pues nuestra obligación es defender los derechos del Estado, obligando al cumplimiento de todas las obligaciones y deberes para que el servicio telefónico se realice debidamente, y en vez de pensar y trabajar en ese sentido, dejamos que todas esas obligaciones sean burladas e incumplidas, y además nos transformamos en defensores de los que así obran. Esto hace que yo me pregunte si he perdido la razón o si es que los demás están locos o lo estamos todos, unos y otros, al ser arrasados en esa carrera loca, sin freno, en que el móvil es el interés individual, de unos pocos, en contra del interés general.

No quiero detenerme, por no hacer interminable este asunto, tratando de las muchas líneas que los abonados tienen directamente con la Interurbana para salvar el escollo de la Urbana; de las consecuencias que tendrá para nosotros al enlazar la red Provincial, en construcción, con la urbana, lo mismo que la proyectada estación radiotelefónica, que también se necesitará poner en relación con los abonados de Valencia, ni de las condiciones en que está el personal respecto al seguro obrero, ni de las últimas noticias respecto al traspaso de la concesión a la casa Ericsson de Stokolmo, ni de los proyectos que se dice tiene, ni de otras mil facetas de este asunto, todo ello no son para mí más que matices variantes de un mismo fondo: el negocio. La experiencia de más de treinta años me lo ha comprobado, y los negocios son los negocios, que muchas veces pugnan con el interés público.

Pequeños y pobres han sido mis frutos, pero si otros más en condiciones se animan a preocuparse de estos asuntos, alentados por mi atrevimiento, me daré por muy satisfecho.

E. MARTINEZ APARICIO.

CURIOSIDADES ARITMÉTICAS

La numeración binaria

Las propiedades de los números son independientes del sistema de numeración en que se escriban. Esta verdad destruye el falso principio de que la operación fundamental de la Aritmética es la numeración, como afirma la mayor parte de los libros al uso de nuestros estudiantes; pero es evidente que desarrollar la Aritmética según un sistema de numeración tiene la ventaja de la comodidad, y entre los infinitos sistemas posibles el más conveniente es el decimal, por ser el que usan todos los pueblos civilizados.

La numeración es, desde luego, un proceso más complicado que el de la adición y la multiplicación, ya que resulta de combinar ambas operaciones; pero si la base elegida es el número 2, entonces quedan reducidas al mínimo las dificultades operatorias. Claro está que el 2 es el menor número que puede servir de base para un sistema de numeración, puesto que fundada ésta en el empleo de unidades de diversos órdenes, cada uno de los cuales contenga al inmediato inferior un cierto número de veces —tantas como unidades tenga la base—, si elegimos como base el 1, todos los diversos órdenes de unidades son iguales entre sí, y, por tanto, no hay sistema de numeración propiamente dicho.

En la numeración binaria —devida a Leibnitz— todos los números se pueden escribir con las cifras 0 y 1 siempre que se acepte el convenio de que cada cifra colocada a la izquierda de otra represente unidades *dos veces* mayores. Así, los números dos, cuatro, ocho, dieciséis, etc., se escriben:

10, 100, 1000, 10000, etc.,

y, en general, la n -sima potencia de la base se escribe con la unidad seguida de

n ceros; y los números cinco, cuarenta y dos, etc., por ejemplo, se escriben así:

101, 101010, etc.

Claro está que conteniendo cada unidad de un orden *dos* unidades del inmediato inferior, bastará dividir por 2 un número dado y los cocientes sucesivos hasta encontrar un último cociente 1, para traducir un número escrito en el sistema decimal al binario, escribiendo después los restos obtenidos de izquierda a derecha, como se indica a continuación, para poder escribir $27_{(10)} = 11011_{(2)}$.

$$\begin{array}{r}
 27 \quad | \quad 2 \\
 1 \quad 13 \quad | \quad 2 \\
 \quad \quad 1 \quad 6 \quad | \quad 2 \\
 \quad \quad \quad 0 \quad 3 \quad | \quad 2 \\
 \quad \quad \quad \quad 1 \quad 1
 \end{array}$$

En los ejemplos que anteceden se puede observar que el sistema binario tiene el inconveniente de necesitar muchas cifras para escribir un número un poco grande y ser precisas muchas divisiones para encontrar aquellas cifras; pero este último inconveniente puede obviarse por el procedimiento de Legendre, cuyo es el siguiente ejemplo (*Théorie des Nombres*). Si queremos escribir en el sistema binario el número

11183445

escrito en el decimal, lo dividimos por 64, obteniendo 174741 para cociente y 21 para resto; volviendo a dividir por 64 el cociente anterior, resulta 21 de resto y 2730 de cociente, el cual, dividido otra vez por 64 da 42 para cociente y 42 para resto. Ahora bien; como es:

$$21_{(10)} = 10101_{(2)}; 42_{(10)} = 101010_{(2)}$$

resulta, finalmente:

11183445₍₁₀₎ = 101010101010 010101010101₍₂₎

Pero no todo han de ser inconvenientes: El sistema binario sirvió a Leibnitz para descifrar un símbolo chino: el *Je-Kim*, atribuido a Fohi, el más antiguo de los legisladores del celeste Imperio, hoy convertido en República inquieta por esta ola revolucionaria que parece haberse desencadenado sobre el mundo.

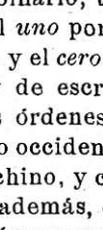
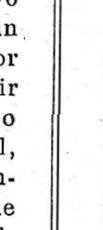
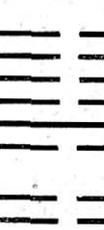
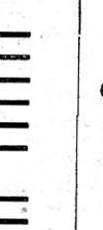
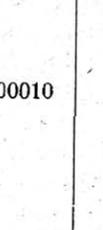
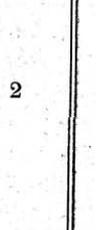
Dicho símbolo se compone de 64 figuras formadas por seis líneas superpuestas: enteras unas y partidas otras por la mitad. Letrados y mandarines chinos estuvieron hondamente preocupados durante muchos siglos ante aquel misterio, intentando, en vano, descifrar su esotérico significado, y hasta los sabios europeos, cuando rotas las murallas de la Chicha, empezaron a estudiar la lejana y antigua civilización oriental, tuvieron que confesar su fracaso. El *Je-Kim* continuaba, hermético e inquietante, como una interrogación incontestada, hasta que Leibnitz, nuevo Edipo, comparando los diversos caracteres del *Je-Kim* con los números escritos en el sistema binario, tuvo la feliz idea de representar el *uno* por un trozo horizontal entero  y el *cero* por un trozo roto   y de escribir las unidades de los diversos órdenes no de derecha a izquierda, al uso occidental, sino de abajo arriba al modo chino, y concluyó —teniendo en cuenta, además, que el *cero* a la izquierda de un número no altera el valor de éste— que los caracteres chinos podían tener la interpretación que indica el cuadro que se incluye al final de estas líneas.

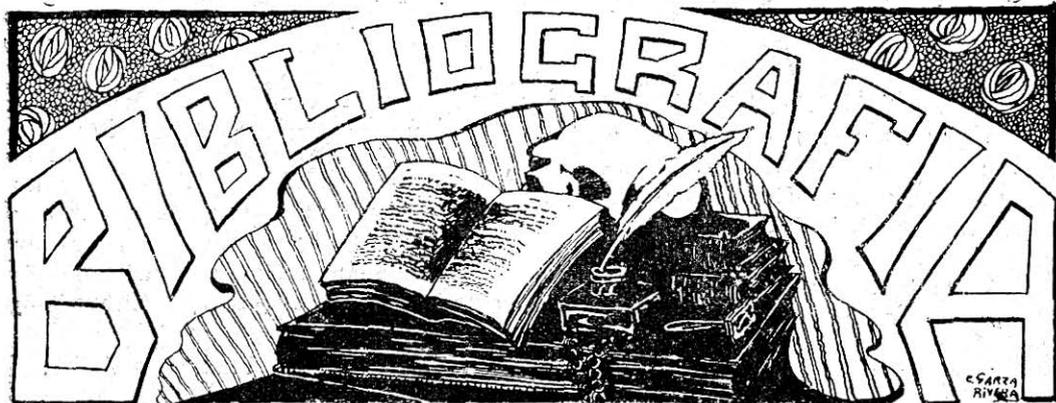
Leibnitz, interpretando teológicamente este símbolo, veía en él una imagen de la Creación hecha por Dios de la Nada «del mismo modo —dice— que el *cero* y la unidad engendran todos los números en el sistema binario».

Esta idea, pitagórica en el fondo, es susceptible de más amplios desarrollos y podría enlazarse con el mito de la diosa *IO*, tan profundamente estudiado por mi ilustre amigo Roso de Luna; pero yo, un

poco descreído y un mucho occidental, ni siquiera intento justificar esta mezcolanza de la Aritmética —ciencia de todos mis amores— con la Teología —ciencia de todos mis respetos— y me limito a firmar estas cuartillas y marcharme a dormir porque mañana tengo que estar en la oficina a las nueve en punto y es muy tarde. Buenas noches.

FRANCISCO VERA.

Símbolos chinos.	Equivalencia en el sistema binario.	Valor en el sistema decimal.
	000000	0
	000001	1
	000010	2
	000011	3
	000100	4
	000101	5



Bien quisiéramos disponer de espacio suficiente para comentar con el detenimiento que merece, el libro que con gran éxito de público y crítica ha publicado no hace mucho nuestro querido amigo, el culto escritor y oficial de Telégrafos, Isaac Pacheco. No queremos, sin embargo, dejar pasar este número sin señalarlo a la atención de nuestros lectores, siquiera sea en una breve nota.

Nos hemos deleitado saboreando gran parte de las páginas del admirable libro de Pacheco, cuyas crónicas, estudios e impresiones son de las que dejan indeleble huella en el cerebro y en el corazón.

La Vida, que así se titula, es una colección de breves narraciones cuyo carácter define el subtítulo mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo: «Escenas de miseria y dolor». Esto es, en efecto, el libro; una serie de escenas de los bajos fondos sociales en que se mueven los «humillados y ofendidos» que con generoso impulso idealiza Pacheco. Ya habrán comprendido nuestros lectores por todo esto, que se trata de una obra de «literatura social» en la que la preocupación sociológica es tan importante, por lo menos, como la literaria. Muy lejos nos hallamos hoy de tal estética; mas no por ello hemos de dejar de estimar una obra que, como la que nos ocupa, nace, no de un deseo de obtener fáciles éxitos con recursos extraliterarios, sino del generoso impulso cordial de su autor.

Desde el punto de vista literario — que es el que nos interesa principalmente — es de admirar sobre todo el estilo terso y sobrio, la seguridad con que, omitiendo innecesarios detalles efectistas, traza Pacheco sus relatos. Algunos de estos nos parecen pequeñas obras maestras en el género de «short story», que algunos escritores norteamericanos han llevado a tan rara perfección. Y al terminar la lectura del libro, no podemos menos de agradecerle algunos cuentos, como el «Lobo», «El Monstruo», etc., cuyo fresco aroma campesino, orea la atmósfera sobrecargada en que se desenvuelven otras «escenas».

Algunas veces regalaremos el buen gusto de nuestros lectores con la publicación de sus escogidas páginas, si es dable sentir preferencia entre todas ellas, tan llenas de realidad, de sentimiento y de sano y noble y levantado ideal. En el número anterior publicamos «La Nochebuena de los vencidos», que es seguramente uno de los artículos de este libro que más hondas huellas de dolor dejan en el corazón.

Felicitamos cordialmente a nuestro querido compañero por el éxito que está obteniendo y al mismo tiempo recomendamos sinceramente su obra a nuestros lectores, seguros de que, como nosotros, la encontrarán hondamente humana, sincera y bella.



BOLETIN EXTRAOFICIAL Y OFICIOSO

DEL

CUERPO DE TELEGRAFOS

Vol. II.

Madrid, 10 de Enero de 1924.

Núm. 7.

¿Quién es aquí el que se interesa?

En plazo corto, dentro de breve tiempo, terminará la tregua dada por el Directorio para que se estudie una reorganización burocrática de la Administración. Casi todas las Corporaciones se han preparado y han encontrado con este motivo la ocasión de proponer a los Poderes la forma más práctica, más moderna, más eficaz, a veces más económica de hacer los servicios públicos con mejoramiento. Se aceptarán o se rechazarán sus propuestas, pero aquéllas cumplen un deber patriótico al colaborar con el Gobierno, en un asunto de positivos resultados, si se hace bien, y quién sabe si beneficioso también para los funcionarios. Sabemos de entidades oficiales que mandaron ya al Directorio sus proyectos y de otras que están a punto de terminarlos.

Excepto contados telegrafistas—muy pocos, acaso ni dos docenas— que en la Corte trabajan y se preocupan de verdad por la prosperidad y engrandecimiento del Cuerpo a que pertenecen, los demás, los de abajo, los de enmedio y los encima, no piensa en Telégrafos nada más que cuando van a cobrar y no les pagan, cuando reciben un pase sin vuelta, cuando la mujer les habla de la subida de los víveres o cuando la casualidad pone en sus manos un escalafón. Sentir los problemas comunes, buscar sus soluciones, pensar en una redención, estudiar, difundir nuestros males, buscarles remedio, no esperarlos todo de los otros, sino poner cada uno por propia iniciativa una parte en el gigantesco esfuerzo común, no han sido nunca cualidades de las muchedumbres. El progreso de las colectividades se ha debido siempre a minorías selectas que han combatido y trabajado. Estamos aún muy lejos de los futuros tiempos en los

que los hombres, aisladamente y en conjunto, serán individualidades pensantes, con voluntad y criterio propio.

A medida que el ser humano se perfeccione, los conjuntos mejorarán también. Pero, por hoy, tenemos que contentarnos con lo que buenamente las masas quieran conceder. Y esto que decimos de Madrid no es extraño a las capitales de provincias; en éstas también son pequeños núcleos de telegrafistas los que sienten el contento del amor profesional. Es doloroso, es lamentable, pero es cierto el fenómeno que señalamos.

En la parálisis general que a este organismo ha invadido, sólo la juventud que hormiguea en esa casa social de tradición honrosa es la que trae a nuestras almas un poco de esperanza y nos reconforta con el porvenir. Clausuráis los centros de periodistas y habéis anulado los sitios donde convergen las inquietudes espirituales que llegan de provincias. En un sitio y en otros, es donde únicamente se levanta alguna florecilla que da señales de vida. Lo demás es un inmenso yermo donde nadie ni nada da señales de vida. Este es el triste y desolado panorama que presenta hoy Telégrafos.

La luz viene de arriba

Pero esta pasividad, esta falta de interés que se nota general, tiene algún fundamento en la masa pesimista de los telegrafistas; podrá tener alguna disculpa, alguna justificación en aquellos oficiales, que ni de cerca ni de lejos intervienen en la función directiva, y se hallan cansados de dar voces en el desierto algunos durante más de veinte años; perseguidos y maltrechos están contagiados de la misma indiferencia que encontraron siempre para los asuntos telegráficos en la

política, en el comercio, en la banca, en la industria, como si las comunicaciones eléctricas no tuvieran importancia en la vida de relación de un pueblo culto. Al que no puede perdonársele ninguna clase de indiferencias, de menosprecios, es al telegrafista que por deber se sienta en alguna de las sinecuras directorial. Al que regenta los asuntos de un negociado cualquiera de la Dirección general, no puede disculpársele que no prevea, estudie y trabaje en el sentido de la alta misión que le incumbe de participar en el mando, en la más importante función que empleado alguno de Telégrafos desempeña. El Jefe de cualquier departamento del organismo directivo de la Corporación, no debe esperar que desde más arriba se le señale un camino para guiar los destinos de Telégrafos; debe ser él el que marque un norte que oriente a la colectividad más percatado de las necesidades del servicio; cumple una obligación al preocuparse del porvenir, al aconsejar a sus superiores jerárquicos, en suscitarles ideas, proyectos para su realización. De modo directo son los únicos telegrafistas que participan en el Gobierno de los asuntos colectivos.

Pero aquí no alumbra nadie

Siendo esto así, como lo es, ¿qué hace ese ejército de prohombres que bullen en los despachos de la Dirección? ¿Qué trabajos tienen o están elaborando para la renovación que demanda las necesidades públicas? Porque los momentos son decisivos. Ciego será el que no lo vea. Y es preciso que nos aprestemos a dar soluciones a cuantos problemas tenemos planteados, las cuales venían demorándose desde hace tiempo. Somos el enfermo en estado crítico de curación, en el cual, o hacen crisis todos sus males, o se agravan con resultados funestos para el paciente. Por consiguiente, son los instantes que el médico debe actuar más de prisa, sin vacilaciones, aprovechando las últimas energías del enfermo y los recursos todos de la ciencia, aplicando la cirugía si es preciso. Y el médico aquí no puede ser otro que aquel telegrafista que ocupe un puesto en la Dirección.

Digámoslo una vez más. En España no tenemos Telefonía, apenas si contamos con algo que dé la sensación de que existe telégrafo, no conocemos casi la radioelectricidad. Esto es indudable; nadie hasta hoy nos rectificó al menos. Pero así no podemos continuar, porque hemos quedado que todos los españoles contribuirán a salvar a España, sacándola del atraso en que vive; hemos convenido en que

el Directorio marca una época revolucionaria, de despertar de las energías nacionales y en la que se inicia una revisión de asuntos vitales para el país. Es evidente, por tanto, que saldremos de una u otra manera de nuestro estancamiento en materia de telecomunicación. Deber de todo telegrafista es dar un empujoncito a la retrógrada y pesada mole que impide el progreso a ver si entre todos ponémosla en movimiento; pero este deber es inexcusable en los que ocupan puestos de vanguardia.

Inocentes visionarios. Id, daros unas vueltecitas por el palacio de mármoles y piedras preciosas —por lo que costó podría haberse engarzado de ellas todo el edificio—, escuchar por algunos de aquellos frágiles tabiques de madera —aunque esto no sea muy correcto— y oiréis lo que allí se habla. ¡Oh, desilusión! Lo que tú crees, cándido lector, que será tema de preocupación no interesa a nadie. Alzate en los pies, asoma un poco la cabeza, y si ves reunidos unos cuantos cráneos pelados, presta atención a lo que dicen sin perder una palabra. Los verás enrojecer, hincharse las venas, discutir, hablar al oído. Son hombres de una gran verborrea. Pero no tratan de lo que tú pensastes. Murmuran, hacen combinaciones con personajes y personajes; es la cuestión de personas la que siempre privó y sigue privando. De tu porvenir, de tu trabajo, de lo que constituye la carrera de todos... De eso ni mentarlo.

Si alguna vez se hace en Telégrafos decididamente una reforma radical y profunda, para que ésta no pierda su eficacia, hay que empezar por ese organismo carcomido y viejo, de escasa utilidad por la forma en que se constituye y por el alcance que sus acuerdos tiene. Se hace preciso llevar a la Junta consultiva gente joven que trabaje, oficiales llenos de optimismo y muy enterados de nuestras cuestiones. Todos los vocales debieran ser los que resultaran elegidos por votación entre los compañeros de su misma clase y categoría y rebajados de todo servicio. Es la única manera de que tengamos quienes trabajen y se preocupen de Telégrafos.

La clave de nuestros males

Estamos cansados de repetirlo: mientras no se reorganice la Dirección general no podremos dar un paso hacia adelante en Telégrafos. Es el problema fundamental nuestro. Renovación, renovación y renovación. Reorganizada más adecuadamente la Dirección, ya es más fácil llegar a la de los servicios.

Ahora se hará. Pues por decir esto las Juntas, por mantener esto, se santiguaban los asustadizos y nos llamaban rebeldes.

Dios nos coja confesados

En una interviú que con el general Primo de Rivera celebró un periodista de cierto diario de Cuba figura, entre otras, la declaración de que se está estudiando con mucho interés la mejora del servicio telefónico, la redacción de cuyo proyecto se le ha encomendado al Director general de Telégrafos, opinando, desde luego, por el sistema automático.

Sin ser esta declaración lo suficientemente explícita para que podamos saber de una manera concreta la opinión que el Marqués de Estella tiene formada en materia de comunicaciones eléctricas, deja ver, sin embargo, la importancia que el Directorio concede a los asuntos de telefonía. Por esto, por el nombramiento de una comisión de telegrafistas para que estudien esta materia y por la premura con que el Sr. Tafur está trabajando en asuntos de teléfonos, podemos deducir que no sería difícil la aparición inmediata en la *Gaceta* de unas disposiciones de ordenación en materia telefónica con arreglo a las necesidades de España.

La prensa profesional no ha recatado su pensamiento; el Círculo Telegráfico ha dado a conocer también sus conclusiones; falta el organismo oficial, la Junta Consultiva, que también debe opinar. Y después .. que Dios guíe la mano que ha de firmar.

Nombramiento de Gerente del Giro

Ha sido nombrado con carácter interino Gerente del Giro telegráfico el Jefe de Centro D. Fermín Pérez de Nanclares por enfermedad del que hasta el día 18 vino desempeñando ese cargo, de dificultades y responsabilidad, D. Trino Esplá Visconti, a quien deseamos un pronto y total restablecimiento en su salud.

Amortizaciones

En el Cuerpo de Telégrafos han sido amortizadas últimamente: una plaza de jefe de Sección de tercera clase, dotada con 6.000 pesetas; otra de oficial primero, con 5.000, y otra de oficial tercero, con 3.000. Con estas amortizaciones y con las que con anterioridad se hicieron, la suma total de las realizadas en el personal del Cuerpo, se eleva a pesetas 110.000.

No puede decirse de nosotros que no nos prestamos en la proporción que nos corresponde a enjugar con el porvenir de nuestra

carrera el déficit que pesa sobre el Tesoro. No sería justo que cuando esto hacemos nosotros, funcionarios modestísimos, las clases pudientes no acudieran también solícitas con su dinero a liquidar las deudas del Estado. Cada ciudadano debe tributar equitativamente, con arreglo a sus ingresos y a sus riquezas. Acaudalados ciudadanos deberíamos ser los funcionarios si nuestro patrimonio se calculase por lo que pagamos. El Directorio hizo muy bien en una de sus notas el presentar ante el país a los empleados públicos como ejemplo de abnegación y altruismo en los momentos que se solicita de todos los españoles el sacrificio. No podrán ya decir los tenderos, que tanto chillaban antes, que la situación difícil por que atraviesa España es debida a los abusos de la burocracia. No podemos hacer más los funcionarios que repartir con el Estado nuestro pan. Como no quieran que nos rebajen el sueldo, que todo pudiera suceder.

Se confirmó lo que dijimos

En nuestro anterior número recogíamos, al cerrar la edición, la noticia de un nuevo régimen de horas para las estaciones telegráficas, completas y limitadas, que ha tenido plena y satisfactoria confirmación. Por fin se llevó a la *Gaceta* una de las aspiraciones de Telégrafos por la que la prensa profesional más ha batallado. Las cosas justas y razonables, tarde o temprano, se imponen por sí mismas. Y ésta era, de las que entran por los ojos. Felicitémosnos todos del final que este asunto ha tenido.

La fiesta de Reyes

Con el dinero recaudado en la suscripción de ELECTRA, se compraron juguetes a los huérfanos de Telégrafos como ya se había advertido. El domingo, día 6, se hicieron entrega a los niños de los regalos a ellos destinados. A las niñas se las obsequiará el próximo domingo, día 13, por imposibilidad de que los Reyes pudieran estar el mismo día en El Escorial y en Madrid, como no hubieran hecho el viaje en automóvil. Los camellos no son tan veloces. Además tenemos que lamentar el que las niñas están de luto por la muerte de una de las hermanas monjas que las cuidan y se suspendieron los festejos. Esta vez les entregaremos sus muñecas sin el encantador gorjeo de sus risas como en anteriores años.

En el próximo número publicaremos lista completa de donantes y una liquidación detallada de los ingresos y gastos. También da-

remos más detalles de nuestra visita a estos amantísimos hijos nuestros.

Correspondiendo.

Muy de veras agradecemos a nuestro estimado colega *El Electricista* el cortés saludo que nos dedica. Correspondemos con la misma cordialidad.

Ascensos

En propuesta reglamentaria de ascensos han sido promovidos:

A Jefe de Centro: D. Antonio Alcover y Maspons.

A Jefe de Sección de 1.ª: D. Manuel Gil de Montes y Pinto.

A Jefes de Sección de 2.ª: D. Enrique Martínez y Arriba y D. José Ruiz Marín.

A Jefes de Sección de 3.ª: D. Francisco Madariaga y Fredy, D. José Fernández y Pérez, D. Enrique Álvarez Manzaneda y Alarcón, D. César Puga y Rivera y D. Juan José Minchero y Unzue.

A Oficiales primeros: D. Eloy García y Sánchez, D. José Casado y Trigueros, D. Antonio Díez y González, D. Jacob Carrascosa y Martínez; supernumerarios D. Carlos Díaz y Maureso, D. Rafael de Siria y Díaz Delgado, D. Gregorio García y Puigdeval y D. Esteban Manuel Nieto y de la Arena.

A Oficiales segundos: D. Antonio Polo y Beltrán, D. Tomás Romero y Carrillo, Don Fernando Ensiso y Carberero, D. José María Zaragoza y Peraire, D. Francisco Caballos y Angulo y D. Jesús Galindo y Castillo.

Reingresa el supernumerario D. Valentín Cerberó y del Castillo.

A Oficiales terceros reingresan los supernumerarios: D. Eloy Zorrilla y Rodríguez, D. Celso Calvo Tejero, D. Francisco Rodríguez y Téllez, D. José Antonio Acha y Sagastume, D. Luis Díaz y González y D. Isidoro Roberto y Robles.

Ingresan los en expectación: D. Santiago Romeo y Embid, D. José M.ª Huguet y Usall y D. Bonifacio Quesada y Ruiz.

MOVIMIENTO DE PERSONAL

POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE TELÉGRAFOS SE HAN DISPUESTO LOS SIGUIENTES TRASLADOS

NOMBRE DEL FUNCIONARIO	CLASE	PROCEDENCIA	DESTINO
D. Manuel Sanmartín Sánchez.....	Oficial 1.º.....	Guadalajara	Sigüenza.
» Manuel Gil de Montes y Pinto.....	J. S. 2.ª.....	Palencia.....	Inspección 5.ª región.
» Eusebio Hurtado y Conesa.....	Oficial 2.º.....	Cádiz.....	Cáceres.
» Hermenegildo del Cacho y Tubia.....	Oficial 3.º.....	Binefar.....	Barcelona.
» Francisco Canet y Sala.....	Idem.....	Barcelona.....	Binefar.
» Isidro de la Vega y Llobregat.....	Oficial 2.º mec.º.....	Sevilla.....	Cádiz.
» Juan Martínez y Pagani.....	Oficial 2.º.....	Sigüenza.....	Logroño, de J. L.
» Demetrio Ortega y Angulo.....	Idem.....	Burgos.....	Vitoria, de J. L.
» José Uzquiano y Durán.....	Idem.....	Central.....	Talavera de la Reina.
» Victor Gallana y Uriarte.....	Oficial 3.º.....	Cádiz.....	Sevilla.
» José Buforn y Mesa.....	Oficial 1.º.....	Lérida.....	Central, como mec.º
» Adolfo Mora y Ara.....	Idem.....	Viver.....	Lérida.
» Rufino Picazo y García.....	Idem.....	Central.....	Gerencia del giro.
» Pedro Jurado Gutiérrez.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Gonzalo Pérez y Abril.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Francisco López y del Oro.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Jesús Nériida y García.....	Oficial 2.º.....	Idem.....	Idem id.
» Manuel Gil Delgado.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Miguel Angel Jiménez y Jiménez.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Federico Blanco Sagredo.....	Oficial 3.º.....	Idem.....	Idem id.
» Clodomiro Martínez del Pozo.....	Oficial 1.º.....	Neg. 5.º D. G.....	Idem id.
D.ª Piedad Morales y Pérez.....	Aux. fem.....	Central.....	Idem id.
» Gregoria Aurelia Jara y Pérez.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
» Felisa Penasso y Martínez.....	Idem.....	Idem.....	Idem id.
D. Vicente Benevent y Martínez.....	Oficial 3.º.....	Novelda.....	Alicante.
» Francisco Hernando y Arijá.....	Oficial 1.º.....	Sevilla.....	Alcalá la Real.
» Manuel Montero y Solá.....	Oficial 3.º.....	Badajoz.....	Jaén.
» Antonio Iniesta y Ros.....	Idem.....	Gijón.....	Central.
» Emilio Sáenz López y Sáez.....	Idem.....	Vitoria.....	Valladolid.
» Félix Domínguez y Fernández.....	Idem.....	Alicante.....	Central.
» Jesús Arines y López.....	Idem.....	Ceuta.....	Porriño.
» Antonio Morante y Gelabert.....	Idem.....	Málaga.....	Ceuta.
» Manuel Martínez Ferrer.....	Oficial 2.º.....	Alcázar de San Juan.....	Málaga.
» Luis Goy Díaz.....	Oficial 3.ª.....	Lugo.....	Barcelona.
» Antonio Goy Díaz.....	Idem.....	Idem.....	Bilbao.
» Andrés Olano y Silva.....	Oficial 3.º.....	Idem.....	Cádiz.
» Nicolás Ballesteros y Répila.....	J. S. 2.ª.....	Idem.....	Barcelona.
» José Manuel Martínez y García.....	Idem.....	Puente deume.....	Lugo.
» Eduardo González y Goyanes.....	Oficial 2.º.....	Ronda.....	Coruña.
» José Ubeda y García.....	Oficial 3.º.....	Pontevedra.....	Bilbao.
» Luis Mangada y Sanz.....	Idem.....	Jaca.....	Central.
» Antonio González y González.....	Oficial 1.º.....	Almendralejo.....	Aroche.
» Angel Cobreres y Castañeda.....	Idem.....	Aroche.....	Málaga.
» Alejandro Sánchez y Pdez. Pedraza.....	Oficial 3.º.....	Talavera de la Reina.....	Central.
» Ricardo Valderrama y Nuchera.....	Idem.....	Sevilla.....	Cádiz.
» Emilio Otermán y Conde.....	Oficial 2.º.....	La Estrada.....	Puente deume.